

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Escribe: CARLOS MARTIN

Conocí a don Antonio Gómez Restrepo en el ocaso de su vida. Lo circundaba un aire de serena resignación, de bondadosa espera ante la muerte. Los ojos en sombra, la digna cabeza encanecida, la actitud benévola y sencilla. Noble estampa oscurecida por el paso de los años. Ya andaba casi ciego, casi a tientas, vacilante, buscando con las manos el relieve de las cosas. Detrás de la sonrisa ingenua, de los gruesos lentes y del porte suave y distinguido se ocultaba la ya olvidada, arrogante silueta del diplomático, del viajero, del crítico triunfante, del poeta laureado, flor natural de las justas y torneos culturales y sociales de otros días.

Lo conocí oscurecido exteriormente como su vista, pero encendido aún interiormente por la hoguera de la belleza, de la comprensión humana y de la ambición creadora, infatigable y digno en su solitario desvelo, rodeado por los anaqueles empolvados de su biblioteca, en un ambiente penumbroso de tranquilidad monástica, de soledad fecunda y de meditación donde se refugiaba el pasado, lejos de la inquietud del mundo. En medio de la sombra no decayó su espíritu. Antes, fortalecido por la luz, continuó en su esfuerzo de darle al país la biografía exacta de su inteligencia.

Posteriormente, don Antonio regresó de la región de las tinieblas a la claridad del día donde la contemplación del universo renovó su fervor juvenil y encendió, de nuevo, en su pecho, el vino de la poesía. A su corazón retornó la luz que se fugó de sus pupilas. De nuevo le fue dado contemplar el espectáculo de la naturaleza en su primitiva desnudez, en su renovado esplendor, como cuando su mirada se detuvo, con sereno deleite, sobre el paisaje de su adolescencia; sobre las campiñas italianas; sobre las ciudades españolas; sobre el azul Mediterráneo o ante el bronce imperial de Marco Aurelio o ante los "ojos soñadores y profundos" de su amada. Justa recompensa para quien cantó, con romántica sobriedad, los más diversos motivos que se ofrecieron a sus ojos: las ciudades y los árboles, las colinas y los pájaros, la isla azul de Capri y las rosas meridionales, la idílica sabana de Bogotá y la yerma meseta de Castilla. Siempre con un sentido profundo y delicado del contorno, del color y de la línea; con una equilibrada pasión, entre romántica y parnasiana, por el mundo visible, con un renovado culto por la vida interior y por el cristiano apartamiento.

Don Antonio Gómez Restrepo fue el maestro de las letras colombianas. Toda su infatigable voluntad de trabajo fue invariablemente orientada hacia el desarrollo histórico y cultural de la patria a través de sus hombres representativos. A él volvemos los ojos cuando queremos comprender lo nuestro, cuando deseamos acercarnos a lo más íntimo de nuestra cultura, al árbol familiar que anuda sus raíces a la entraña de la propia tierra.

Humanista, pensador, crítico, ensayista, poeta, el estudio de sus varias manifestaciones de escritor es indispensable para el conocimiento del valor y del sentido de nuestra literatura por el valor de su obra, en un doble aspecto estético y científico. En sus páginas se revela un amplio conocimiento de la cultura europea y una erudita compenetración con las manifestaciones de la nuestra. No en vano quienes se han referido a su labor intelectual lo han hecho con el respeto que merecen los hombres que, en nuestro país, han dedicado, con talento y eficacia, una larga vida al servicio de las letras.

Célebre desde sus polémicas con el crítico cubano Merchán, hacia mil ochocientos noventa y cuatro, siguió ascendiendo por diversos caminos de las disciplinas humanísticas: filosofía, literatura, sociología, filología, geografía, derecho internacional.

Como crítico es directo sucesor de Menéndez y Pelayo. Su obra fue escrita con el convencimiento de que toda manifestación artística no es cosa diferente a la conjunción de la razón al servicio de la imaginación y de la sensibilidad. En él la crítica es un arte, un tacto, una aptitud especial para discernir la verdad bajo las apariencias y las dificultades que la ocultan. Compitió con aventajados polígrafos de nuestra América tanto por el contenido fervor estético, como por el hallazgo crítico y por el equilibrio de la visión objetiva que difunde la luz del entendimiento sobre el hombre, el ambiente y las características esenciales de la obra, sin dejarse arrebatar por el ímpetu lírico o por las circunstancias personales y sin que la erudición empañe la transparencia de la prosa o dificulte la concatenación de las ideas.

Sus páginas están henchidas de pensamiento, sin ser áridas o enjutas, sin que deje de circular por ellas poesía y sin que pierdan su contacto con la realidad de la vida y con la historia de la patria.

Prueba de su calidad mental fue la actitud, grave y segura, con que surgió en el panorama de nuestra cultura para situarse en medio de las figuras destacadas que entonces llenaban el ámbito del Continente con la fama de sus méritos intelectuales. Difícil tarea la de sobresalir, durante los últimos años del siglo pasado, cuando en el ambiente de la República se iniciaba un movimiento de renovación en virtud de las primeras manifestaciones modernistas, encarnadas en las páginas de Sanín Cano, de Silva, de Valencia, de Grillo, de Londoño y de otros, frente a la tendencia castiza, tradicional e hispánica, alimentada con magistrales títulos por Caro, Suárez y Cuervo. Don Antonio se situó en un término medio de adecuación entre los principios clásicos y las diversas ideas y formas de renovación universal. Su presencia brilló con luces de simpatía cordial bajo las cuales no se advirtieron exclusivismos, intransigencias, ni fanatismos.

Dentro de ese cuadro en que actuaba don Antonio, armado con un criterio de severa formación humanística, bajo el influjo de Taine, de Macaulay, de Sainte-Beuve, de Faguet, de Brandes y de Menéndez y Pelayo, no era justa la calificación de academicismo que se les daba a sus escritos. Su orientación amplió el concepto de la crítica, dándole una base sociológica, para juzgar, a través de la obra literaria, el espíritu de los pueblos y el proceso de los movimientos culturales. Sus páginas sobre personajes nacionales y extranjeros en que analiza, reconstruye y sintetiza el ambiente en que se desarrollan las vidas, las obras y las épocas, son modelos de contención y de equilibrio. Especialmente su estudio sobre el nacimiento y el proceso de las letras nacionales, incompleto, desgraciadamente, a causa de su muerte, constituye un vasto panorama y una certera biografía de la cultura del país, trazada con el seguro pulso que revela sus calidades de crítico y de artista y lo consagra como maestro del género, en el orbe de las letras castellanas.

A su desvelo debe Colombia lo más completo que existe acerca de nuestro medio y de nuestra producción. El ha sido el más afortunado de los historiadores de nuestras letras porque supo desentrañar el mensaje de cada uno de los hombres, que tienen una significación en el panorama de la cultura. Su obra debe ubicarse dentro de la corriente de la creación artística de los maestros de la prosa como Taine, Macaulay, Sainte-Beuve, dotados de fértil imaginación y cuyas cualidades de estetas se adaptan al curso del pensamiento sin menoscabo de la exactitud indispensable para su labor crítica. Y nada más adecuado para la expresión de esta modalidad que el llamado discurso académico, en el cual sobresalió el escritor bogotano, encontrando el cauce apropiado para la manifestación de las producciones más representativas de su talento. Esta forma literaria en que se funden la emoción y el análisis, logra, para la crítica, una elevada temperatura artística. Entre nosotros ha sido un procedimiento tradicional, cultivado con acierto por numerosos escritores como Caro, Suárez, Carrasquilla y Valencia.

En su obra observamos, en consecuencia, dos modalidades: La una ceñida al concepto, honda en el análisis y sencilla en la forma, a través de la cual logra desentrañar el sentido y las características de los procesos literarios y de las personas que estudia; su talento muestra una singular penetración estética y psicológica y su expresión se torna fácil y fluída sin que su vasta erudición fatigue a los lectores; de este aspecto de su producción dan muestra su largo ensayo, con destino a la "Revue Hispanique", sobre las letras colombianas, escrito en forma de compendio, pero completo dentro de la organización de un plan metódico, y el ambicioso estudio que empezó a desarrollar, años más tarde sobre el mismo tema, pero de manera exhaustiva, con una riqueza incalculable de conocimientos, con equilibrio de criterio y con honradez y seguridad en el aspecto de la exposición. La otra, elocuente y adornada, en forma de discurso, de conformidad con las circunstancias, casi siempre solemnes, en que debe manifestarse. Prosa abundante, de elevada entonación y de bien concertados períodos llenos de resonancias clásicas, mediante la cual escribió páginas incomparables como las consagradas a los Caros, a Pombo, a Cuervo y a Menéndez y Pelayo.

En cuanto a su expresión lírica, no considero acertado parangonarlo con los grandes poetas de Colombia, pero dejó poemas de una cabal dignidad bajo la influencia de Fray Luis de León, como "Leyendo a Homero", que fluctúan entre un romanticismo sobrio y una cuidadosa forma parnasiana, características que también se observan en una serie de admirables sonetos descriptivos, de exquisita severidad y corte clásico, como los titulados "Marco Aurelio", "Toledo", "El Escorial", "Los Ojos". Poesía íntima en que se pone de manifiesto la cultura y el dominio de una orientación autocrítica, discreta y bien atemperada. Sin embargo, lo mejor, como resultado de sus momentáneos desvelos poéticos, es la traducción de los "Cantos de Leopardi", que vertió a nuestra lengua con un sentido profundo y fiel de compenetración con el espíritu atormentado del lírico italiano y con insuperable maestría formal.

Lo admirable de este patriarca de nuestra cultura es que su obra encarna, en sus puras esencias, la imagen de la patria. Ella es la última legítima representación del momento de oro de nuestra República, la prolongación de la más ilustre de nuestras generaciones, aquella que logró llenar el ámbito de América de una profunda resonancia. En sus páginas está garantizada, una vez más, la perenne vigencia de los valores universales que en esos días señalaran a Colombia como norte cultural del mundo hispano.

En fin, don Antonio Gómez Restrepo vivió en función de patria, conoció y trató a innumerables personajes de indiscutible valor, dedicó parte de su existencia a las más variadas actividades como la política y la diplomacia, pero, por sobre todo, fue un escritor, nació para vivir entre los libros y nunca dejó apagar en su corazón la llama del fervor por las bellas letras a las cuales entregó sus capacidades y las energías todas de su vida, siempre con el noble deseo de ser útil a Colombia.